

Un adolescente de 200 años

Decir algo sobre el Bicentenario de la República del Perú conduce a un lugar común entre nosotros, cuyo símbolo es Basadre. El cúmulo de problemas y de conflictos irresueltos oscurece las posibilidades, las esperanzas de salir airoso de un hoy que deviene hoyo. La permanente incapacidad de dar forma a un proyecto común, los cíclicos desencuentros entre regiones perpetuamente sumidas en una ficción de nación, parecen remitir a la dramática deriva de una profunda incomunicación que se inició en Cajamarca.

En efecto, sentimos en carne propia la asombrosa diversidad natural y pluricultural del Perú; pero, a la vez, nos damos cuenta de que somos profundamente incivilizados, acosados por la barbarie portadora de anomia, corrupción y desgobierno. La tradición latina distingue dos formas de barbarie: una dura, la *ferocitas*, vivida en la confrontación y la mutua destrucción; y una blanda, la *vanitas*, signada por la inconsistencia, la debilidad y la decadencia. Aquella, movida por discriminaciones y resentimientos de diversa índole; esta, por la frivolidad y el etnocentrismo rampantes en fenómenos de sistemática exclusión de los más. Por cierto, ambas formas de barbarie son potentemente contagiosas, angustiantes, en tanto y en cuanto impiden consolidar una ética de la polis, a saber, del ciudadano, del Estado, de la empresa.

Hay circunstancias aparentemente azarosas, fuera de programa, como la pandemia del COVID-19, que ha desnudado esas fallas estructurales y esos empantanamientos históricos reflejados en un Estado ausente en grandes extensiones del territorio. No obstante, los traumas suelen catalizar despertares y profundos cambios; después de todo, la historia, antes que una narración convencional articulada como crónica desde una posición siempre comprometida (pues el observador está incluido en lo observado), es una experiencia viva, un acontecimiento cuya duración marca a sus actores y pone a prueba qué tan duro es su deseo de durar. De ser viables, sostenibles.

La mayor obligación de vivir juntos es la preservación de la paz. *Pax* es un término que proviene de *pangere*, que significa plantar, fijar, establecer sólidamente, hacer un pacto. Es la raíz espiritual de la ética. Paz en nosotros.

Paz entre nosotros. Vivir juntos, compactos y con pactos, con cierta distancia que se llama respeto, con cierta respuesta que trasciende a las partes y se llama responsabilidad. La primera determinación de la paz es su duración, que exige estabilidad. Como tal, la paz no descansa. Está viva, despierta, vigilante. Siempre en trance de subyugar las fuerzas del conflicto y de la guerra, de apuntalar la reconciliación, sin lograrlo nunca del todo, pues *Pólemos e Irene*, guerra y paz, son inherentes a la condición humana. La razón alcanza su edad madura cuando, como añoraba Kant, los actores sociales logran instaurar, a punta de tratos-con y de contratos, una cultura de paz. Y esa es la paradoja de la libertad: sus límites están, precisamente, en esos acuerdos; el primero de los cuales se llama Constitución. Y para eso hay que *hacer política*; y para *hacer política* debe haber *educación universal* de calidad. Sin ese círculo virtuoso no hay *res publica*, no hay instituciones sólidas, no hay justicia ni dignidad, y menos aún, Estado de derecho. Esa es la gran asignatura pendiente en la cual, al llegar al bicentenario, estamos desaprobados, sin más. En ese sentido, nada hay que celebrar. Si, además, nos remontamos a la compleja situación de pobreza que condiciona negativamente la posibilidad de una educación universal de calidad, entonces, solo cabe conmemorar la promesa vigente de una vida republicana plena.

Estamos, pues, en deuda con la *república* entendida como *forma del Estado*. Además, pasamos por severos apuros para preservar la *forma de gobierno* que le debe corresponder, a saber, la *democracia* (la cual, desde la perspectiva de la sociedad civil, estaría llamada a realizarse, sobre todo, como forma de vida).

Hay, pues, hermanos, muchísimo que hacer.

Óscar Quezada

Rector de la Universidad de Lima